

NOVELAS EMOCIONANTES COMPLETAS

15
CTS

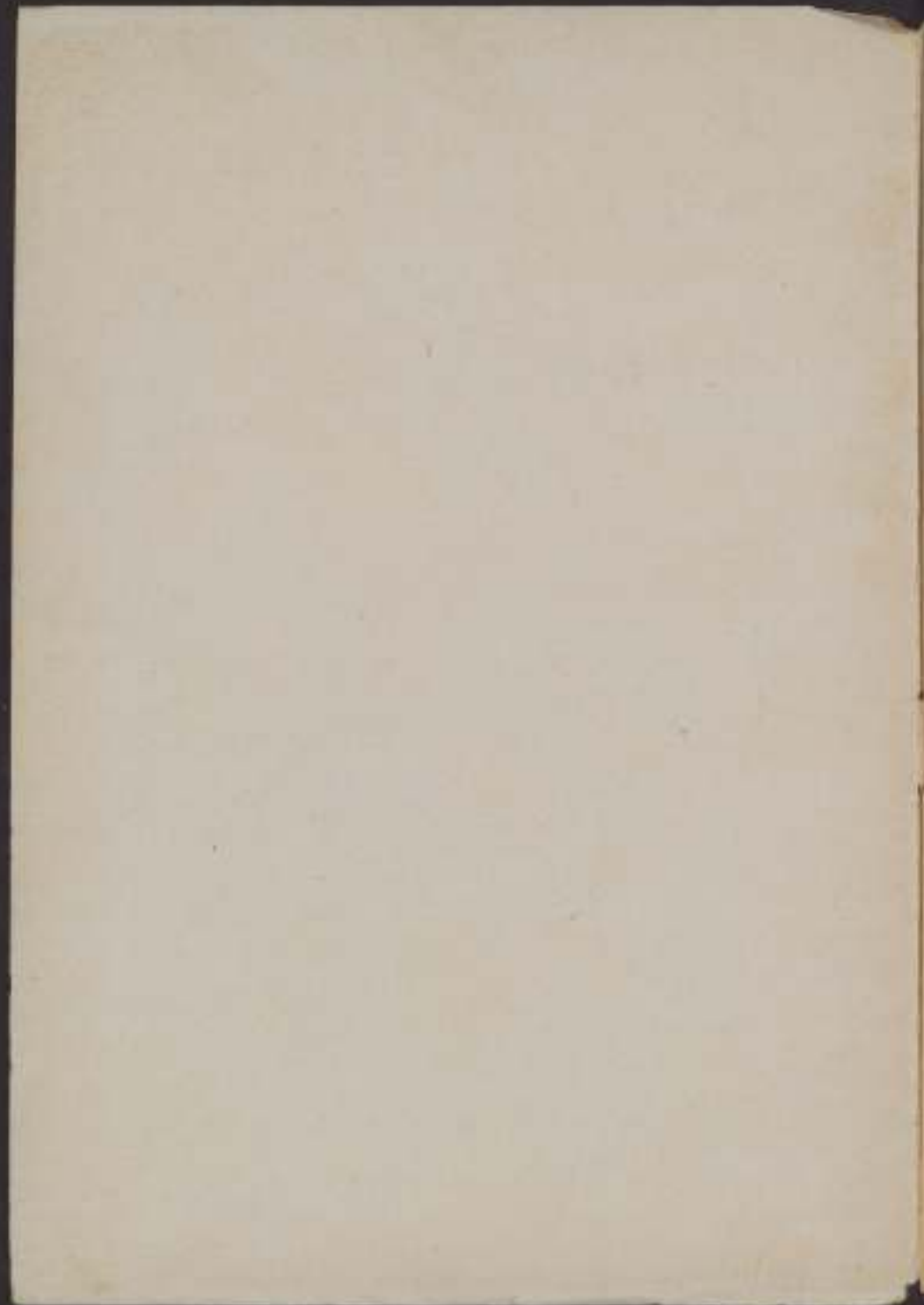
COWBOYS Y DETECTIVES

N.º
II

Alma de centauro

por el caballo
Rex





Cowboys y Detectives

Publicación semanal de asuntos serios y interesantes

Ediciones MISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis. — Teléfono 18941

BARCELONA

Numero 12

15 céntimos

Alma de centauro

Novela de aventuras, interpretada por el intsiguente caballo -9ex-

Es un film de la famosa marca COLUMBIA

Exclusiva de

CIFESA

Mar. 46. — VALENCIA

Delegada para Cataluña, Aragón y Baleares

Pedro Balari

Aragón, 361, enf.º, 2.ª — BARCELONA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Una aldea de indios navajos.

El sheriff, en su choza, hablaba con un amigo forastero.

—¿De modo, amigo David, que tú has venido aquí para conocer las costumbres de estos indios y ver estos paisajes incomparables? Pues has llegado muy oportunamente. Precisamente ahora se están celebrando unas interesantes fiestas. Ven y verás.

Salieron los dos a la puerta del puesto de policía y desde allí vieron el valle donde estaba enclavado el poblado indígena.

En la plaza central una multitud se agitaba en extrañas danzas al son de rústicos instrumentos.

En el centro había un indio viejo y otro joven.

—El viejo—explicó el sheriff— es el jefe de la tribu. El joven, su hijo Red. Red va a recibir de manos de su padre los atributos de jefe, pero antes tendrá que demostrar que es digno de llevarlos y su padre le exigirá la realización de alguna prueba difícil.

Mientras el pueblo se distraía con las animadas bestas, Jeff, el ladrón de caballos, se había lanzado con su lazo a través de los valles.

Había en las montañas grandes manadas de caballos sal-

vajes que, según los tratados, pertenecían a los indios, de modo que únicamente ellos los podían cazar.

Pero Jeff había echado el ojo a un magnífico caballo negro y quería apoderarse de él a toda costa.

Este caballo era famoso entre los indios, los que, de acuerdo con el sheriff, le habían puesto el nombre de "Centauro", en honor de su bravura.

Jeff consiguió acercarse lo suficiente a "Centauro" para echarle el lazo y ogerlo, pero el nervioso potro, en vez de intentar huir, comenzó a encabritarse y a golpear el suelo con las patas furiosamente, al mismo tiempo que lanzaba amenazadores relinchos.

De pronto, al ver a Jeff, el cual se había apeado de su caballo, se abalanzó sobre él. El cazador buyó aterrado, pero "Centauro" le dió alcance y le pateó horriblemente hasta dejarlo muerto.

No era la primera vez que "Centauro" se había defendido así de los cazadores que habían usado echarle el lazo y esto era principalmente lo que le había dado fama en todo el territorio.

* * *

En el poblado seguían las animadas fiestas que se celebraban en honor de Red, el futuro jefe de la tribu.

El cacique había abierto una gran torta y en su interior apareció una larga pluma.

—¿Qué hacen?—preguntó David a su amigo el sheriff.

—El padre va a entregar a su hijo y sucesor la pluma que habrá de colocarse a modo de penacho cuando sea jefe.

Así lo hizo el cacique y después dijo a Red:

—Ahora la tribu te pide una prueba de valor. ¿Estás dispuesto a llevarla a cabo?

—Haré lo que sea preciso, padre.

—Pues vete ahora mismo en busca de "Centauro", el jefe de todos los caballos de nuestros valles y vuelvo con él.

—Traeré ese caballo—dijo Red con firmeza.

—Si lo haces, si logras amansar y reducir a la obediencia a ese potro indómito con el que en balde han luchado muchos cazadores, serás el jefe de la tribu.

Red cogió su lazo y se dirigió al valle.

En seguida encontró la manada a cuya cabeza iba "Centauro".

Poco a poco, para no inquietarle demasiado, se fué acercando a él y de pronto, con gran destreza, le echó el lazo.

El animal quedó cogido por el cuello.

Inmediatamente empezó a lanzar relinchos de amenaza y a golpear la tierra con las pezuñas.

Con las orejas erguidas se quedó mirando por un momento a Red, aquel indio que había osado ponerse frente a él con el propósito de cazarle.

De pronto, se ahalanzó sobre el indigena con la fuerza del tigre, pero Red, ágil como un cerzo, saltó a un lado esquivando la embestida.

La suerte se repitió varias veces hasta que "Centauro", desconcertado por la valentía y la agilidad del cazador, trató de huir.

Emprendió veloz carrera, confiando sin duda en que el cazador soltara la cuerda.

Pero en vez de eso, Red la aseguró dándole varias vueltas a su muñeca.

Se echó hacia atrás, alzó las piernas y se dejó arrastrar por el caballo, patinando.

"Centauro" estaba cada vez más desconcertado. Emperaba a perder la seguridad en sí mismo ante aquellas muestras de pericia y de valor que le daba Red.

Por fin se detuvo y quedó a la expectativa.

Entonces Red, con un rápido movimiento de la cuerda, pasó ésta por una pata de "Centauro". Otro movimiento igual y pasó la cuerda por otra pata.

Por fin "Centauro" cayó al suelo y Red, con agilidad extraordinaria saltó sobre él y le sujetó por una oreja y por la grupa.

Apoyó todo el peso de su cuerpo sobre el caballo.

Y "Centauro", como si hubiera perdido toda su bravura, miraba recelosamente a Red y no se atrevía a hacer el menor movimiento.

Red se levantó poco a poco. Después dió a "Centauro" una vez y éste se puso en pie.

Pero no era ya el caballo feroz de antes, sino simplemente un animal receloso.

Momentos después, el caballo obedecía a Red en todo y el indio pudo conducirle al poblado como si fuera un caballo criado en una cuadra.

II

La llegada de Red al poblado fué acogida con grandes muestras de júbilo.

¿Quién podía dudar de su valor después de haber dominado

a "Centauro", el caballo que tenía fama de indómito en cien leguas a la redonda?

—¿Y ahora qué pasa?—preguntó David al sheriff.

—Ahora ya es jefe porque ha salido triunfante en la prueba de valor. Ese caballo era conocido por su fuerza en toda la comarca y no había quien se atreviera a cruzar el valle cuando veía a "Centauro".

—¿Y quién es aquella india que, apartada de todos, sigue lo que ocurre en la plaza con tanta atención?

—Es Vanima, la que ama a Red y es amada por él.

—Me lo figuraba. Debe de ser curiosa una fiesta de bodas.

—Lo primero que tendrá que hacer Red es poner su caballo a la puerta de la casa de Vanima. Si ésta le da de comer es que acepta el compromiso de boda. Si no le da de comer, Red habrá recibido lo que en nuestro país se llama unas calabazas.

—¿Qué costumbres tan raras tienen estos indios!

Al mismo tiempo, otros hombres blancos miraban desde una prudente distancia la fiesta de los indios y comentaban el triunfo de Red.

Uno de ellos, llamado Bolling, dijo a Jack, que estaba a su lado:

—¡Bonito caballo ha cazado ese indio!

—Es "Centauro".

—¿El que mató a Jeff?

—El mismo.

—Tendremos que hacer todo lo posible para apoderarnos de él.

—No es cosa fácil. Ese caballo es tan temible como un león.

—Pues bien lo ha cogido ese indígena.

—No sé cómo habrá podido hacerlo.

—Buena. Ahora vamos a ultimar nuestros planes. Tiempo habrá para otras empresas.

Los planes de Bolling eran tan ingeniosos como innobles.

A las órdenes de Bolling trabajaban varios hombres de su misma condición moral.

Era una banda perfectamente organizada en la que había frecuentes altercados que Bolling con su autoridad tenía que resolver.

Se habían dedicado con preferencia a los robos de ganados y ahora habían puesto los ojos en las manadas salvajes que corrían libremente por el territorio inmenso de los navajos.

Una vez en su choza, Bolling fué explicando a sus hombres

el sistema de que pensaba valerse para apoderarse de los caballos.

Les mostraba un plano y les decía:

—Hay que levantar una gran trampa a un lado de este valle. Haremos entrar los caballos por el otro lado e irán a parar indefectiblemente a la trampa.

—Lo difícil es hacerlos entrar en el valle.

—Para eso tenemos a nuestro caballo "Marqués". Es valiente y está bien amestrado. Se hará fácilmente jefe de grupo y nos traerá manadas enteras. Cuando hayan entrado en la trampa,



Era una banda perfectamente organizada en la que había frecuentes altercados...

cerramos el hueco de salida con troncos y matamos unos cuantos caballos con dos ametralladoras que previamente instalaremos a la entrada de la trampa.

—¿Matarlos? ¿Para qué?

—Matar algunos para llevarnos los demás. Así podré decir que soy delegado sanitario del gobierno y que mato los caballos porque sufren cualquier enfermedad contagiosa.

—¿Y no teme usted que descubran su embuste?

—Lo tengo todo bien preparado.

Empezaron en seguida a construir la gran trampa que consistía en una muralla circular de troncos.

Junto a la puerta había dos ametralladoras.

El primer ensayo no pudo dar resultados más satisfactorios. "Marqués" llevó numerosos caballos a la trampa y en seguida empezó la matanza a las órdenes de Bolling.

—Apuntad a los peores caballos—dijo—. Los demás nos los llevaremos y nadie sabrá si los que hemos matado son cuarenta o cincuenta.

Así lo hicieron. Momentos después, en el interior de la trampa se debatían multitud de caballos atravesados por los proyectiles de las ametralladoras.

Bolling gozaba con aquel espectáculo que saciaba sus perversos instintos.

El ruido de los disparos llamó la atención del sheriff, que en aquel momento paseaba con David a caballo.

—Parecen disparos de ametralladoras—dijo David.

—En efecto, y se oyen al otro lado del valle. Será conveniente que vayamos a ver lo que ocurre.

Dirigieron los caballos hacia la trampa y los dos quedaron asombrados ante el cuadro que se ofrecía a sus ojos.

—¿Qué hacen ustedes?—preguntó el sheriff, mirándose con Bolling, ya que era él el que daba las órdenes.

—Ya lo ve usted—repuso el interrogado, sin inmutarse—. Quitámosle de en medio lo que sobra.

—¿No sabe usted que estos caballos pertenecen a los indios y nadie los puede tocar?

—Por encima de los indios está el Gobierno que me ha enviado aquí como agente sanitario. Y como estos caballos están enfermos de peste, hay que matarlos para atajar la epidemia.

—¿Que usted es delegado del Gobierno?

—¿Por qué no lo he de ser?

—No recuerdo que se haya presentado usted a mí, que soy aquí el representante del poder público.

—Yo no necesito presentarme a nadie. Y para que se convenza de quien soy y no vuelva a molestarme, aquí tiene usted los documentos que acreditan mi nombramiento de delegado sanitario.

Le mostró los papeles y, como estaban en regla, el sheriff no tuvo más remedio que callar.

III

Pero no por eso quedó convencido de que Bolling, aquel tipo tan repugnante, fuera realmente lo que aseguraba ser.

Un día, aprovecharon la ausencia de Bolling para entrar en su casa, en la que había montado un laboratorio para representar su farsa con todo detalle.

David, que era perito en química, pudo comprobar inmediatamente que en aquel laboratorio no había nada que se relacionara con la ciencia y así se lo dijo a su amigo el sheriff.

—Entonces este hombre debe de ser un impostor.

—Así lo creo yo también.

—Voy a telegrafiar al Gobernador, preguntándole.

De momento, no volvieron a preocuparse del asunto y el sheriff siguió actuando de cicerone de su amigo, pues era mucho lo que había que ver en aquellas hermosas montañas.

Entretanto, Vanima estaba muy triste.

Red no se preocupaba de ella desde que tenía a "Centauro". Siempre estaba con el caballo, enseñándole a hacer ejercicios y sometiéndole a toda clase de pruebas.



Siempre estaba con el caballo, enseñándole a hacer ejercicios...

El animal obedecía a Red ciegamente y Red le había tomado cariño. Por eso Vanima tenía celos del caballo.

Un día, Bolling se acercó a ella, mientras Red, no lejos de donde Vanima estaba, parecía muy entretenido con "Centauro".

—¿Por qué estás tan triste, muchacha?—le preguntó sin preocuparse de que el indio le pudiera ver, pues despreciaba profundamente a los indígenas.

Vanima, por dar celos a Red, empezó a flirtear con Bolling.

Cuando el indio se dio cuenta vió que el forastero tenía una mano cerca del escote de su amada. Era que con la excusa de

examinar el collar que llevaba puesto, se deleitaba rozando con sus dedos el pecho magnífico de la india.

Red dejó inmediatamente a "Centauro" y se fué hacia su amada.

Sin pronunciar palabra, cogió fuertemente la mano de Bolling y, aunque aparentemente no hizo el menor esfuerzo, el forastero sintió como si unas férreas tenazas le retorcieran la muñeca y rodó por el suelo.

Lo mismo Bolling que los secaces que siempre le acompañaban se llevaron la mano a la cintura para empuñar el revólver, pero al ver que Red y varios indios que habían acudido prestamente tenían sendos cuchillos en las manos y por su actitud parecían dispuestos a toda, desistieron de sacar las armas y se marcharon.

Vanima se sintió orgullosa al verse defendida por Red con tanta decisión, lo que probaba que la seguía amando.

Pero las cosas no cambiaron. El indio seguía loco con su magnífico caballo negro, y Vanima pasaba el día sola y triste.

Se la veía solitaria y pensativa por las cumbres de las colinas y por el fondo de los valles.

Un día decidió ir en busca de Red, al que encontró como siempre distraído con su caballo.

—¡Hola, Red!

Y él contestó:

—¡Hola, Vanima!

Pero le volvió la espalda y no volvió a ocuparse de ella.

Entonces Vanima, furiosa, se abalanzó sobre Red y le dio un tirón de orejas.

Nunca lo hubiera hecho, "Centauro", al ver que pesaban a su ama, se abalanzó sobre Vanima, que tuvo el tiempo justo para lanzar un grito y librarse de la embestida, dando un salto.

Un grito de Red contruvo a "Centauro".

—¿Lo estás viendo, Vanima?—dijo el indio con una sonrisa de satisfacción—. "Centauro" me defiende. ¿Por qué me has pegado?

—Porque desde que tienes el caballo, ya no me quieres —gimió la india.

—¿No he de quererte, mujer? Lo que pasa es que "Centauro" ha de estar ágil y fuerte para las carreras y necesita mucho ejercicio.

Vanima se dejó convencer y al día siguiente era una de las espectadoras más apasionadas de aquellas carreras en que Red tomaba parte con su "Centauro".

Bolling hacía correr a uno de sus secuaces con "Marqués" y apostaba una fuerte suma en favor de su caballo, pues estaba seguro de que ganaría, ya que había dado detalladas instrucciones al jinete.

La lucha quedó reducida desde el primer momento a "Marqués" y a "Centauro".

Pero el jinete que montaba a "Marqués", se dió cuenta en seguida de que "Centauro" iba a tomarle la delantera.



Se la veía solitaria y pensativa...

Aprovechando un recodo de la carretera, donde quedaban a cubierto del público, el secuaz de Bolling dió a Red un empujón y lo hizo caer del caballo.

Pero el indio, con una elasticidad sorprendente, volvió a saltar sobre "Centauro", apenas sus pies tocaron en el suelo.

Red supo desde aquel momento a qué atenerse y procuró esquivar las acometidas del rival.

Cuando los dos reaparecieron por la gran curva del camino, Bolling quedó muy sorprendido al ver que "Centauro" iba delante.

Y esta distancia aumentó considerablemente en el trecho que les quedaba por recorrer hasta la meta.

Red triunfó en toda la línea y Bolling corrió de indignación al ver que había perdido la cuantiosa apuesta y que su "Marqués" había sido derrotado.

IV

Bolling, después de la derrota sufrida en las carreras, decidió apoderarse del soberbio potro, para lo cual puso en práctica un plan preconcebido.

A la mañana siguiente se presentó a Red provisto de una documentación que lo acreditaba como veterinario nombrado por el Gobierno y de un maletín que contenía el instrumental.

—Venzo—le dijo—a reconocer al potro, pues creo que está enfermo de peste. No es extraño; esta enfermedad es muy contagiosa y sus compañeros padecían de ella.

—Mi potro está sano—replicó Red.

—Ahora lo veré—insistió Bolling.

Está bien. Vaya a reconocerlo.

Y le indicó un cercado en donde el indómito potro estaba encerrado.

Bolling se dirigió al recinto. Entró y fué hacia el caballo, pero éste se abalanzó sobre él y no hubiera salido muy bien librado del lance a no ser por la agilidad extraordinaria con que el veterinario salió del cercado.

Entonces Bolling decidió emplear otros medios para conseguir su fin. Debidamente protegido por la empalizada, logró enlazar el caballo que, aunque se debatía con furia, tuvo que ceder a la presión casi asfixiante que la cuerda ejercía sobre su cuello.

Pero entonces interviene Red, al advertir los sufrimientos que Bolling ocasionaba a su potro querido. Rápidamente acudió en auxilio del caballo. Sacó el cuchillo y, de un certero tajo, cortó la cuerda que por un extremo estaba sujeta al cuello del animal y por el otro a la empalizada, donde Bolling la había afianzado.

Esta escena la presencié Vanima escondida en un ángulo de la empalizada.

Bolling, al ver frustrados sus propósitos, sintió un momento la tentación de abalanzarse sobre el indio, pero el recuerdo de la lección recibida de manos de Red y la vista del cuchillo que el indio empuñaba, le detuvieron.

Has desobedecido a una autoridad del Gobierno y te pesará—se limitó a decirle en son de amenaza.

Pero ante la mirada penetrante y la imposibilidad de Red se marchó mascullando amenazas.

Cuando llegó Bolling a su guarida lo primero que hizo, sin duda para desfogar su mal humor, fué dar órdenes a sus secuaces para que lo antes posible se apoderaran del resto de la caballada que pacía en el valle.

Entretanto, Red, al ver alejarse a Bolling entró en el cercado y, después de acariciar cariñosamente a su caballo, regresó a su choza.



Sacó el cuchillo y, de un certero tajo, cortó la cuerda.

Vanina sintió que aumentaba la llama de sus celos al observar las caricias que su amado prodigó al caballo.

Después supo que el indio se había marchado hacia las cata ratas y concibió inmediatamente un plan.

Se dirigió hacia la rústica morada de Bolling. Llamó a la puerta.

Bolling al ver a Vanina por una rendija de la ventana, despidió inmediatamente a sus compañeros y éstos salieron de la casa por una puerta trasera.

Después abrió.

—¡Cuánto me alegro de verte, Vanima!—exclamó—. ¿Puedo servirte en algo?

—Sí—contestó decidida.

—¿De qué se trata?

—Si quiere usted apoderarse del potro, ahora es la ocasión. Red se ha ido a las cataratas.

—Yo no quiero apoderarme del caballo—repuso Bolling hipócritamente—. Sólo he ido a cumplir mi misión.



—¿Me tienes miedo, Vanima?

—Es que yo quisiera que usted se lo llevara.

—Si lo desea no hay más que hablar—dijo Bolling, acercándose a ella e intentando cogerle una mano.

Vanima retrocedió.

—¿Me tienes miedo, Vanima?

—Tengo que marcharme—repuso ella un tanto asorada.

—No te vayas, Tengo que decirte muchas cosas...—suplicó Bolling—. Eres muy bonita. Me gustas mucho. Si me correspon-

des te llevaré a la ciudad, a Nueva York. Verás el mundo, triunfarás...

Vanima retrocedía hacia la ventana a medida que Bolling se iba acercando a ella. Pero de súbito, el falso representante sanitario tendió los brazos y aprisionó entre ellos a la india que empezó a debatirse y a pedir socorro a grandes voces.

"Centauro" oyó los gritos de Vanima y dió muestras de gran inquietud. De pronto, saltó la empalizada, se dirigió a galope tendido hacia la morada de Bolling, embistió a la puerta y consiguió derribarla.

Bolling, aterrado al ver al potro negro soltó a Vanima y huyó por la ventana. Montó en su caballo y se alejó velozmente hacia la trampa, donde sus secuaces le estaban esperando.

Vanima, asustadísima también por la presencia del indómito potro y sin darse cuenta de que a él debía su salvación, huyó hacia la aldea.

El caballo en un acceso de furor destruyó todo cuanto había en la casa y salió de ella al galope tendido.

V

Entretanto, en el valle se desarrollaba una curiosa escena. El "Marqués" irrumpió entre la manada de caballos y se abalanzó sobre un potro que hacía fiestas a una hermosa yegua blanca. Lucharon y la victoria se inclinó de parte de aquél, con lo que conquistó el cariño de la bella hembra y quedó como jefe en la regueta.

Mientras ocurría esto en el valle, Red había vuelto al campamento y observó que su estimado potro no se hallaba en el redil. Esto le produjo profundo pesar. Vanima fué hacia él decidida a sacar partida de la situación.

—Ha huido—dijo a su amado—a pesar del cariño que le has demostrado.

—Sí—repuso Red tristemente.

—No te importe. Mi amor te será siempre fiel y conseguiré que vuelva a ti la alegría.

—No, Vanima. Yo te quiero. Pero ese potro era mi ilusión. Era el mejor del valle. Me obedecía y me quería: No encontraré otro igual.

A todo esto, no habían cesado de andar durante su charla y llegaron a las cataratas, donde se sentaron sobre unas rocas. Vanima insistía en prodigar consuelo a Red y por fin lo consiguió.

* * *

Bolling llegó a todo galope a la gran trampa y dirigió los últimos preparativos para apoderarse de los caballos.

—¿Y el "Marqués"?—preguntó.

—Lo hemos enviado en busca de la yeguada. Seguramente no tardará en traérmola.

—Bien. Preparad las ametralladoras y procurad no matar a los buenos ejemplares.

Entretanto, el "Marqués", ya dueño de la situación, intentaba hacerse seguir por la yeguada.

Entonces unos relinchos llamaron la atención de la yegua blanca, que se separó de sus compañeros y fué hacia donde oía la llamada.

Era su potrillo. Un potrillo negro como el padre y tan arisco e indómito como él. El potrillo relinchaba, presintiendo algún peligro.

Efectivamente, sobre una roca, una feroz puma acechaba los movimientos del inofensivo potrillo, esperando el momento propicio de lanzarse sobre él.

La yegua descubrió inmediatamente el peligro que amenazaba a su hijo y trató de defenderlo, yendo directamente hacia la puma.

En este preciso momento fué cuando "Centauro" llegaba junto a los suyos. Inmediatamente se dió cuenta de que entre la yeguada había un intruso. Descubrió a "Marqués" y se fué hacia él decidido. Luchó, lo derrotó en toda regla y no hubiera parado ahí la cosa a no ser porque oyó los relinchos lastimeros que lanzaba la yegua blanca. Abandonó el lugar de la lucha y corrió en dirección al sitio de donde partían los relinchos.

Al llegar se encontró ante un cuadro espantoso. La yegua se debatía en las últimas convulsiones de la muerte y la puma yacía aplastada junto a una roca. El cariño de madre había pagado con su vida la salvación del hijo. El potrillo se echó junto a su madre, pero "Centauro" hizo que la siguiera y lo condujo hacia la aldea india, obligándole a entrar con él en el cercado, que era su morada.

Cuando Red y Vanima volvieron de las cataratas se encontraron sorprendidos por el retorno de "Centauro" acompañado de su hijo. Pero los sentimientos fueron distintos en ellos. Los de Red de inmensa alegría; los de Vanima, de temor, pues odio no podía tener ya al caballo que le había salvado de las garras de Bolling; cosa de que al fin se había dado cuenta.

Entró Red en el vallado y acarició a los caballos. Después les dió agua. Estaba loco de contento. En cambio, Vanima lo observaba con tristeza y se decía que había perdido nuevamente el cariño de Red.

De pronto, "Centauro" dió muestras de inquietud, alzó las orejas y, como impelido por un resorte, saltó la empalizada y corrió en línea recta hacia el valle.

Era que "Marqués", a pesar de la derrota, y como viera que "Centauro" se había alejado, consiguió hacerse obedecer por la yeguada tras grandes trabajos y la conducía hacia la trampa preparada por Bolling y sus secuaces.

VI

El sheriff y sus amigos leyeron el siguiente telegrama en respuesta al que ellos habían puesto:

"Detengan a Bolling. Es un impostor.

Gobernador".

Inmediatamente fueron a la aldea india y dieron a conocer el telegrama recibido. Pidieron que les acompañaran varios indios, entre los que figuraba Red como jefe, y se dirigieron hacia la trampa, lugar en donde suponían estarían Bolling y su cuadrilla.

En efecto, allí estaban Bolling y los suyos, un tanto impacientes por la tardanza de los caballos en busca de los cuales había ido "Marqués".

Pero por fin apareció la yeguada en el valle y se dirigió a la trampa de donde, una vez hubiera entrado, no volverían a salir.

Una expresión de malsana alegría se dibujó en el semblante de Bolling. Los caballos iban a ser suyos.

Pero he aquí que de pronto apareció "Centauro", el cual, guiado por su maravilloso instinto, que más bien parecía inteligencia de ser racional, se enfrentó con la yeguada y, recordando los tiempos en que él la dirigía, le impidió entrar en la trampa.

Lo primero que para ello hizo "Centauro", fué abalanzarse sobre "Marqués", al que hizo huir a las primeras coces. Después comenzó a dar vueltas velozmente en torno de la manada, estrechando cada vez más el cerco, de modo que los caballos se apretaban cada vez más. Si alguno se desmandaba e intentaba apartarse del grupo, un par de coces de "Centauro" le obligaba a volver a su puesto.

Y cuando ya estaban todos los caballos reunidos en apretado núcleo, "Centauro" echó a correr en dirección contraria a la puerta de la trampa, haciéndose seguir de la manada.

En este momento, el sheriff y sus acompañantes llegaron a las proximidades de la trampa. Bolling, al ver al representante

de la autoridad, se puso en fuga sin pérdida de tiempo, montando en su caballo.

Tan velozmente galopaba, que pronto desapareció de la vista del sheriff. ¿Lograria huir el bandido? ¿Iban a quedar sin castigo sus crímenes?

No. Allí estaba "Centauro" para impedirlo. "Centauro" que, al ver pasar al fugitivo al galope tendido de su caballo, se lanzó en su persecución, lo alcanzó, lo derribó de su caballo y estuvo pateándole furiosamente hasta que no dió señales de vida.

Después, cuando vió que los serenos de Bolling habían caído en poder de la policía y que la manada corría hacia las montañas, donde nunca más volvería a faltarle la libertad, emprendió el regreso al poblado, para reunirse con su pequeño potro y con Red, pues quería ya demasiado a su amo para abandonarle.

Y lo primero que hizo Red, fué atar a "Centauro" a la puerta de la choza de Vanima, lo que equivalía, como ya se ha dicho, a pedirle en matrimonio.

Y Vanima le dió de comer, y aumentó la ración, porque se había acercado el potrillo. Y para los dos tuvo amables caricias.

Entonces, Red, que estaba oculto esperando aquel acto que equivalía a la respuesta afirmativa de Vanima, se presentó a ella y acarició a su prometida.

Ante ambos se abrían nuevos horizontes de paz y felicidad.

Y también para "Centauro" comenzaba una vida tranquila al lado de sus cariñosos amos.

F I N

Números publicados:

VIDA AZAROSA, por George O'Brien. — EL HOMBRE DE ARIZONA, por Rex Bell. — DELIRIOS DEL TRÓPICO, por Jack Holt. — AGUILA BLANCA, por Buck Jones. — CON TARZÁN ME BASTO, por Ken Maynard. — LA SENDA DEL DIAMANTE, por Rex Bell. — EL DORADO OESTE, por Al Hoxie. — REPÓRTER DETECTIVE, por Rex Bell. — EL COPRE MISTERIOSO, por Chan (Warner Gland). — AMÉRICA SALVAJE, por el perro César. — PARSA CONTRA PARSA, por Ralph Morgan, etc.

Distribución para España: Sociedad General Española de Librería-Barbará, 18-Barcelona

Imprenta Industrial, Aribau, 133. Teléfono 76007. Barcelona.



— Las mejores novelas cinematográficas las publica
EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis

BARCELONA

PIDA SIEMPRE LOS SIGUIENTES TÍTULOS:

Caballistas del Oeste

Asuntos ideales para muchachos. Precio: **15 cts.**

Cowboys y Detectives

Novelas emocionantes completas. Precio: **15 cts.**

EL FILM DE HOY

Asuntos seleccionados con una postal regalo. **30 cts.**

AVENTURAS FILM

(Colección completa que consta de 67 números)

Los mejores caballistas. Precio: **15 céntimos.**

La Novela Cinematográfica del Hogar

(Colección completa de 100 números)

Imejorables producciones con postal regalo. **30 cts.**

LOS MEJORES FILMS

Películas de categoría. Precio: **50 céntimos.**

Éxitos Cinematográficos

Asuntos de gran relieve. Precio: **50 céntimos.**

Y LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

Los más destacados superproducciones. **1 peseta**

Exija siempre

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis - Barcelona